

## DISCERNIMIENTO CON LA PALABRA DE DIOS LUCES PARA EL CAMINO...

Fray Luciano AUDISIO, OAR

*Cuando comience a suceder esto,  
no tengan ánimo y levanten sus  
cabezas, porque está por llegarles  
la liberación (Lc 21, 28).*

Cuando pasan ciertas cosas, en la Iglesia y en el mundo, es lógico que nos preocupemos y suframos. Al menos nosotros no las habíamos vivido así tan agudamente y nos parece absurdo que sucedan después de veinte siglos de cristianismo. Pareciera incluso que la misma vida de los cristianos fuera perdiendo su eficacia evangélica y dejara de ser «sal de la tierra y luz del mundo» (Mt 5,13-16)<sup>1</sup>. Este es el desafío que, como familia religiosa agustino-recoleta, debemos afrontar y enfrentar: ¿qué clase de sal somos en este mundo?, ¿aquella que no le da gusto a las comidas o, por el contrario, salamos tanto que se hace imposible comer?, ¿qué tipo de luz irradiamos?, ¿verdaderamente la del evangelio?, ¿somos capaces de ver la bondad que existe en el mundo desde la creación?

Cuando esto sucede nos sentimos interpelados a dirigir nuestra vida con toda la seriedad posible a Dios y preguntarle qué quiere de cada uno de nosotros, qué clase de discípulo quiere que seamos, si es este el camino que debemos recorrer para vivir su promesa. Es entonces cuando aparece en nuestro horizonte la realidad del discernimiento. Que no es una actividad pura y exclusiva del hombre, sino que será un camino por recorrer juntos.

Desde siempre los maestros de la vida espiritual han acentuado que el discernimiento debe partir de una relación con otro: la relación entre Dios y el hombre que se cumple en el Espíritu Santo, la Persona divina que hace que el hombre

---

<sup>1</sup> Cf. E. PIRONIO, *Renovación de la Vida Consagrada. Los religiosos, testigos de la esperanza y de la alegría pascual*, Bogotá, Paulinas, 1977, 15.

participe del amor del Padre en el Hijo<sup>2</sup>. Discernir es una realidad de relación<sup>3</sup>; y lo mismo sucede con la fe: necesita de otro porque, en definitiva, es una realidad de amor. Discernir es responder a un amor que nos llama más allá de lo que somos y de nuestras capacidades; quedará en nuestra libertad dar una respuesta sincera, franca y firme.

Esta experiencia de relación debe darse, no solo entre Dios y el hombre, sino entre el hombre y el hombre, y el hombre y la creación. Discernir es el arte de comprenderse a sí mismo teniendo en cuenta esta estructura de conjunto, y de verse en la unidad, porque se ve con los ojos de Dios, que ve la unidad de la vida<sup>4</sup>.

El conocimiento de Dios no es un conocimiento que se da en lo abstracto, en lo meramente teórico. Dios nunca puede ser reducido a una mera doctrina, o a un elenco de preceptos, a un esfuerzo ascético. Solo lo podemos conocer haciendo experiencia de él, comunicándonos recíprocamente, donde la absoluta iniciativa pertenece a la libre relacionalidad de amor de Dios Padre, al cual el hombre responde con un acto de fe que, de hecho, al mismo tiempo es un acto de amor y de libertad desde el momento en que se reconoce el otro en toda su objetividad, y un acto de adhesión hasta orientarse radicalmente a él<sup>5</sup>.

El discernimiento es, por tanto, el arte de la vida espiritual en el cual yo comprendo cómo Dios se me comunica, cómo Dios me salva. El discernimiento es aquel arte en el cual experimento la libre adhesión a un Dios que libremente se ha confiado en mis manos en Jesucristo, un arte en el cual las realidades en mí, en la creación, en las personas entorno a mí, en mi historia personal y en aquella en general dejan de ser mudas para comenzar a comunicarme el amor de Dios<sup>6</sup>. El discernimiento expresa una inteligencia que sabe contemplar. Las cosas espiritualmente significativas en la Iglesia no han sucedido nunca porque alguno ha decidido hacerlas, sino porque Dios ha encontrado alguno disponible a acogerlo radicalmente, de manera que él podía manifestarse y cumplir su redención<sup>7</sup>.

Finalmente, el discernimiento para nosotros no puede ir despegado de la Iglesia y de su legado espiritual y magisterial. La Iglesia cumple en su tradición,

2 Cf. T. SPIDLÍK, *La spiritualità dell'Oriente cristiano. I. Manuale sistematico*, Roma, San Paolo Edizioni, 1985, 25-30.

3 Cf. M. RUPNIK, *Il discernimento*, Roma, Lipa, 2004, 13.

4 Cf. M. RUPNIK, *Il discernimento...* 15.

5 Cf. CIC, 25; V. SOLOV'EV, «La critica dei principi astratti»: ID., *Sulla Divinohumanità e altri scritti*, Milán, Jaca Book, 1971, 197-210.

6 Cf. EFREM IL SIRO, *Inno sulla Fede*, 31. Traducción italiana parcial italiana en S. BROCK, *L'occhio luminoso. La visione spirituale di sant'Efrem*, Roma, Lipa, 1999, 66-68.

7 Cf. M. RUPNIK, *Il discernimento...* 26.

en la liturgia y en el magisterio, el discernimiento sobre Cristo, sobre la salvación que continúa brotando del corazón de Dios para todos los hombres de todo tiempo. El discernimiento personal y comunitario se hace si la experiencia de Dios se convierte en una realidad vivida por personas y comunidades concretas, en situaciones concretas. La comunidad debe acoger la salvación responsablemente, libremente, y se adhiere a Cristo su Salvador y su Señor con las elecciones y actitudes, con los pasos concretos que hacen permeables toda su vida, su mentalidad, su cultura, tejiendo en su historia con el tejido de Cristo, no como la suma de individualidades con sus historias, sino como un organismo vivo comunitario. Propiamente así podrá acoger la salvación<sup>8</sup>.

En las siguientes páginas nos dedicaremos a discernir con la Sagrada Escritura, buscando hacer vida la Palabra en nuestra propia vida y en la de nuestras comunidades. Nos inspiraremos en los primeros capítulos del libro del Génesis, ya que nos muestran el constante discernimiento que el hombre debe hacer para llevar adelante el trabajo de y en la creación que Dios le encomendó desde el momento en que le confió toda su obra (cf. Gn 1,28). Pero el no saber discernir del hombre lo llevó a romper el diálogo ameno y afectuoso que tenía con su creador. La ruptura de esa relación lo llevó por distintos derroteros, escuchando otras voces que poco a poco le fueron consumiendo y quitándole la vida.

Pero Dios tiene debilidad por la palabra, y sobre todo si esta va dirigida al hombre. Fue entonces cuando apareció Abraham para que el diálogo se entablara de forma sincera y lleno de confianza. Para discernir nos será necesario dialogar, pero dialogar desde la confianza y desde la fe. Una fe que nos libre de políticas y politiquerías; que nos haga libres; que nos aparte de provincialismos y mezquindades; y que nos abra al maravilloso mundo de la voluntad de Dios: porque ni el ojo vio ni el oído oyó y ni siquiera podemos pensar lo que Dios tiene preparado para los que lo aman (cf. 1Cor 2,9).

## 1. Discernimiento en el Génesis: Creación y caída

El primer capítulo de la Biblia se nos presenta como una enseñanza sobre el discernimiento, en cuando nos permite –y al mismo tiempo nos invita– a ver el mundo que nos rodea *con los mismos ojos con los que nos mira Dios*. Se podría quizá decir que es propiamente esta definición más omnicompreensiva que

---

8 Cf. *Ibid.* 30.

el discernimiento: mirar como Dios mira. El capítulo primero del Génesis, desde el tercer día de la creación, es decir, desde el día en el cual se comienza con la preparación del ambiente vital del hombre, no presenta solo al Dios creador, sino también al Dios que contempla, que se complace en su obra.

Adaptado al discernimiento es aquel que es capaz de acoger en el mundo, y en los sucesos de la vida, la obra de Dios y de sentirla como esencialmente 'buena'. Inadaptado es, en cambio, aquel cuya mente está habitada por las sombras del pesimismo; mucho menos es adaptado al discernimiento aquel que no ve el bien y el amor que tiene a su alrededor.

La obra creativa de los primeros días no se relaciona de modo directo con la humanidad, pero aquello que tiene alguna relación con el hombre es vista por Dios como 'cosa buena'. Todo aquello que en el mundo o en la vida es operado o permitido por Dios en relación al hombre es, por tanto, 'bueno'. Quien tiene los ojos adiestrados al discernimiento, se da cuenta que es así. Los otros, engañándose, no se dan cuenta de la bondad intrínseca de la obra de Dios. Hay aquí una invitación constante a descubrir la armonía y la 'bondad' de las cosas. 'Y vio Dios que era bueno'. El vocablo hebreo *tob*, además de 'bueno', significa también 'bello', 'hermoso'.

Decía Chesterton que 'no perecerá el mundo por falta de maravillas, sino de maravilla'. Estamos perdiendo la capacidad de asombro, de admiración, de contemplación, de quietud y silencio<sup>9</sup>. El mal tiene, de hecho, otro origen. Pero será el capítulo segundo del Génesis el que se ocupará de este problema. Por el momento, la narración de la tradición sacerdotal afirma una verdad perenne y, por tanto, obvia para todos aquellos que ven las cosas como las ve Dios: *todo aquello que existe es bueno*. Sin embargo, la bondad intrínseca de aquella que Dios *quiere o permite* no es nunca evidente al conocimiento ordinario del hombre.

La obra de Dios se revela buena en relación con los parámetros diversos de aquellos sugeridos por la naturaleza y del buen sentido. Aquello que Dios obra en nuestra vida es de hecho esencialmente 'bueno' en relación al camino de la santidad cristiana. Y no siempre las exigencias de la santidad pueden conciliarse con el bienestar terreno. Solo alguna vez estas dos cosas pueden coincidir, pero, cuando no coinciden, no se debe concluir que Dios ha cesado de amarnos. Y luego existe también la incógnita del futuro: a veces sucede que Dios permite algunas cosas en vistas de un bien mayor que sucederá después. Así sucede con José, hijo de Jacob, que fue expulsado por la familia a la edad de 17 años para después gobernar Egipto con su sabiduría cerca de 20 años (cf. Gn 37-50). En resumen, el

---

9 Cf. G. RAVASI, *El libro del Génesis (1-11)*, Barcelona-Madrid, Herder, 1992, 36.

desconocimiento del futuro impide ver desde el punto de vista humano el sentido completo de los eventos que Dios permite hoy.

En el capítulo segundo del Génesis la creación es narrada otra vez, pero no ya desde el punto de vista de Dios, sino más bien desde el punto de vista del hombre. Aquí Adán es descrito más veces en el acto de discernir: él descubre ante todo *su vocación* en el cuadro del mundo creado y su trabajo cotidiano aparece *claramente* como una participación en la obra creadora de Dios: «El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén, para que lo cultivase y lo custodiase» (Gn 2,15). En realidad, el trabajo es en sí mismo participación en la acción creadora de Dios y debe ser desempeñado con amor y ‘creatividad’, con la esperanza de realizar un proyecto trazado en el pasado por el mismo Dios<sup>10</sup>.

Al mismo tiempo, el hombre *ve su llamada al amor*, y el acto de discernimiento fundamental en este ámbito consiste en reconocer que no todos pueden establecer con él una relación personal, sino solo aquel o aquella que posee *una particular semejanza*. Dios dice de hecho: «Le quiero hacer una ayuda que le sea semejante» (Gn 2,18). Y en el momento en el cual Adán encuentra una mujer que Dios ha pensado como su compañera se da cuenta de que *ella es similar a él*, es decir, otro sí mismo en versión femenina (cf. Gn 2,23). La persona privada de discernimiento corre el riesgo, de hecho, de no distinguir verdaderamente el *partner* idóneo y adecuado para sí, restándole valor a cierta diversidad de puntos de vista o a ciertas elecciones de conciencia que van en dirección distinta. En sustancia, no basta que un hombre y una mujer sean similares *en carácter y en los gustos* para poder formar una pareja según Dios; es necesario que sean similares sobre todo *en el modo de ver la vida*.

En el capítulo tercero se narra por primera vez el encuentro entre un ser humano y el espíritu de las tinieblas. En este capítulo la tradición yahvista nos traslada de la escena luminosa de la armonía del hombre con su Dios, con su semejante y con el mundo, a un horizonte sombrío, el del pecado justamente llamado ‘original’, porque es el origen, la raíz y la fuente de todo pecado<sup>11</sup>.

Aquí el discurso sobre el discernimiento se enriquece de diversos particulares y va a confluir en la dinámica de la tentación, de la cual esta página da una magistral representación, junto a la neotestamentaria de Mt 4,1-11 (cf. también Lc 4,1-13).

El texto del Génesis nos ofrece las coordenadas para distinguir el pensamiento sugerido por el tentador del pensamiento simplemente humano. La pre-

10 *Ibíd.* 74.

11 *Ibíd.* 86.

gunta que se dirige a la mujer al pie del árbol de la prueba contiene indicios valiosos: «¿Es verdad que Dios ha dicho: no debéis comer de ningún árbol del jardín?». En el modo de sugestionar la mente de la mujer el tentador se basa en la fuerza de la verdad. La mente humana es naturalmente atraída por la verdad, porque Dios, al crear, ha querido construir una unión profunda con la verdad, ordenando a ella nuestra inteligencia.

La provocación de la serpiente arranca de una afirmación falsa, pero muy sugerente para el hombre: Dios no ha prohibido todos los árboles del jardín (v. 1), Dios no ha encadenado todas las potencialidades de la libertad, sino tan solo la de los valores morales, es decir, el árbol de la ciencia del bien y del mal. Y esto lo sabe bien la mujer, como atestigua su respuesta (vv. 2-3). Pero, franqueado el paso, la serpiente introduce la sugerencia de romper todo vínculo, de desafiar a Dios también sobre este único y fundamental precepto. Se presenta maliciosamente el mandamiento divino como una absurda y hostil envidia frente a los hombres: «Dios sabe... que se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal» (v. 5).

Hay aquí una perfecta definición del pecado: es un acto de rebelión, en el que el hombre sustituye a Dios y se arroga su sabiduría, su divinidad, su dominio sobre el bien y el mal<sup>12</sup>. La pregunta supone que Dios deje a la persona sin escucharla en sus múltiples necesidades de criatura. *Su filosofía es aquella de la desconfianza y de la sospecha*. El pensamiento es inevitablemente orientado por la tentación, cuando, de la visión de los límites y de las imperfecciones del presente, se pasa a la deducción de que Dios *nos ha negado aquello de lo cual tenemos necesidad*. Cualquier persona se acoge súbito a este pensamiento. Dios, en realidad, no es de dar todo rápido. Una apertura optimista hacia el futuro, y una espera paciente de los tiempos de evolución hacia el mejor, es siempre la característica de las mentes iluminadas por el Espíritu de Dios.

Un aspecto posterior de la mentira revestida con el manto de la verdad es el agigantamiento de las exigencias de la voluntad de Dios: «¿Es verdad que Dios ha dicho: no debéis comer *de ningún* árbol del jardín?». Allí donde Dios había dicho al hombre: «Tú podrás comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento no debes comer» (Gn 2,16-17), la interpretación del tentador sobre el mandamiento de Dios se lleva al exceso.

En la narración de las tentaciones de Jesús, el modelo de lucha espiritual por él representado, indica la necesidad de *no responder* al demonio, oponiendo al pensamiento sugestionado una palabra sacada de la Biblia. La respuesta de la

12 *Ibid.* 89.

mujer, permite a la serpiente poner en su mente una ulterior sugestión, hasta el punto de ofuscar la imagen paterna de Dios: «Dios sabe que, cuando comáis, se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios».

A todo esto la mujer responde: «De los frutos de los árboles del jardín podemos comer, pero del fruto del árbol que está en el medio del jardín, Dios ha dicho: no comáis de él». La única inteligencia, por parte de la serpiente, es aquella de evitar el diálogo; a través de esa dialéctica, la serpiente ya ha derrotado a la mujer.

En el momento en que el diálogo se ha roto, el discernimiento de la voluntad de Dios se aleja de nuestros juicios. Es por eso que este pasaje de la mujer y la serpiente es un momento importante, ya que la mentira entra en las relaciones tanto del hombre con Dios, como del hombre con el hombre, y del hombre con la creación, y la mentira trunca el diálogo y, con él, el ver con los ojos y la mirada de Dios.

## 2. Abraham: Vuelta al estado original

Con Abraham el Señor habla (Gn 12,1; 13,14; 17,3) como con Noé, sin declarar, en un primer momento, su identidad y haciendo una promesa. Abraham escucha la palabra que le es dirigida y comienza un recorrido de seguimiento muy articulado. La promesa hecha a Abraham es dirigida a todos los pueblos y tiene un fuerte acento universal. Desde el primer momento Abraham sabe que aquello que interviene entre él y el Señor va más allá de su vida y de su persona.

Después que Abraham ha seguido la indicación del Señor dirigiéndole la palabra, el hagiógrafo escribe que «el Señor se aparece a Abram» (Gn 12,7; 17,1) y, más adelante: «Esta palabra del Señor fue dirigida a Abram» (15,1)<sup>13</sup>. Cuando el texto hace seña a esta ulterior forma de comunicación por parte de Dios (17,1.3.17), se agrega que Abram se postró con la cara hacia la tierra. Antes no se había nunca hablado ni de aparición ni de visión.

Otro trazo específico y novedoso es que Abram no solo recibe las palabras y las visiones que Dios le dirige, sino que está delante de él con la oración, la invocación y la intercesión para otros (Gn 18,23ss; 20,17; 21,33). En Abraham vemos reconstruido un diálogo entre Dios y el hombre, que parecía que nunca sería posible y comprometido para siempre.

<sup>13</sup> La expresión del capítulo 15,1 es la típica de la literatura profética y no tiene otra aparición en el Pentateuco. Cf. G. VON RAD, *El primer libro de Moisés. Génesis*, Gottinga 1961, 154.

La imagen que el Señor ofrece de sí permanece naturalmente escondida en la experiencia que Abraham tiene de él, pero se revela con algunos trazos que nos son expresados por el texto sagrado. Aquí el Señor no solo es el Poderoso, sino también aquel que tiene un designio que se propagará por lo siglos, y es también aquel que escucha la oración de quien es fiel a la alianza, en la cual se reconstituye la fe partida y traicionada. Pero he aquí que la alianza sigue la prueba: «Después de estas cosas Dios puso a Abraham a prueba» (22,1).

*a. El drama de la promesa: la puesta a prueba*

Tres son los dramas que Abraham enfrenta con respecto a la promesa y que le sirven de camino, guía y luz para vivir su fe en Dios:

1. En Gn 12,2 Abraham recibe la promesa de una descendencia, promesa que guiará la vida y el recorrido de Abraham. El primer obstáculo que nos muestra la vida del patriarca en cuanto a un discernimiento serio de la voluntad de Dios lo encontramos en Gn 12,10-20. Desencadenada una gran hambruna, Abraham decide bajar a Egipto en busca de una vida mejor y de escapar de la crisis que se estaba viviendo en el país de Canaán. En estos versículos nos encontramos de entrada con una reacción que hace que ponga en juego la promesa hecha por Dios. Abraham niega a Sara como esposa suya: «Yo sé que eres una mujer muy hermosa. Por eso los egipcios, apenas te vean, dirán: ‘Es su mujer’, y me matarán, mientras que a ti te dejarán con vida. Por favor, di que eres mi hermana, así yo seré bien tratado en atención a ti y, gracias a ti, salvaré mi vida» (12,11b-13). En el discernimiento de la promesa hecha a nosotros por Dios podemos pasar por esta crisis en la fe y en la confianza en Dios. La promesa, si bien fue hecha a Abraham, no se puede cumplir sin Sara. El exclusivismo no es algo que ayude al discernimiento. La vida en sociedad nos debe hacer pensar que nuestras acciones tienen un impacto en el entorno (si no me salvo yo, es posible que los demás tampoco lo hagan), en cambio si entiendo que la promesa es para todas las naciones –como fue anunciado por Dios– debo entender que mi vida es para los demás, no solo para mí. Por tanto, una crisis de exclusivismo puede hacer que la promesa se desmorone, no por aquel que la prometió, sino por el destinatario que otorga más importancia a su ser y bienestar que a aquel que busca tu bienestar. Esta clase de crisis bloquea también todo diálogo, porque el que mira para sí mismo no puede levantar la vista para mirar al interlocutor. De igual

manera, como sucedió con Abraham, Dios siempre busca la salida para reanudar el diálogo que el hombre parece querer.

2. Pasado el tiempo, dilatándose la promesa, Abraham cae en otra crisis, más personal (cf. Gn 16,1-16). La crisis de la desesperanza. El tiempo corre y el hijo de la promesa se hace esperar, los medios humanos parecen ir desgastándose y el tiempo de Dios parece ir alargándose cada vez más. Nuevamente el hombre quiere buscar solución a las cosas sin contar con la ayuda de Dios: «Sarai, la esposa de Abram, no le había dado ningún hijo. Pero ella tenía una esclava egipcia llamada Agar. Sarai le dijo a Abram: ‘Ya que el Señor me impide ser madre, únete a mi esclava<sup>14</sup>. Tal vez por medio de ella podré tener hijos’. Y Abram accedió al deseo». Sin embargo, y a pesar de esto, la promesa de Dios se cumplirá. El hombre intenta acelerar el final de la espera, quiere soluciones prontas e inmediatas y no vacila en recurrir a maniobras expeditivas. Con el hijo de la esclava, legalmente atribuido a su señora, quedaría resuelto el conflicto abierto entre el sufrimiento de la esterilidad y la promesa divina. Pero Dios rechaza las soluciones de compromiso<sup>15</sup>. Es una de las tentaciones que en los momentos de incertidumbre todos vivimos o sufrimos. Queremos buscar soluciones rápidas, soluciones que me dejen dormir tranquilo por la noche sabiendo que ya he encontrado un camino para destrabar los conflictos. El discernimiento en cristiano exige fe y espera. Sin fe no puedo esperar, no se encuentra la capacidad ni la tranquilidad de esperar. La fe debe ser como una radical afirmación del Otro, de Dios, es decir: adherirse con todo el ser a la objetividad de Dios<sup>16</sup>. Dios sigue escribiendo su historia salvífica prescindiendo de las maniobras humanas. La fe es un ponerse en cuestión casi permanentemente; la fe hace saltar los esquemas codificados humanos, rompe los precarios equilibrios de la astucia, elimina las pequeñas barreras alzadas por la conveniencia. La

---

14 «La narración empalma con una praxis jurídica testificada en los artículos 144 y 146 del Código de Hammurabi (siglo XVIII a. C.). Según esta legislación, los nacidos de esclavas se atribuyen al jefe del clan que, en caso de esterilidad de la esposa oficial, podía recurrir a las otras mujeres del harén para tener un hijo. El neonato era oficialmente considerado descendiente de la pareja ‘princesca’. El dato más curioso de este relato es la huida forzada de Agar, orgullosa de su fecundidad, frente a Sara, la mujer oficial. En el citado artículo 146 del Código de Hammurabi se lee: ‘Si alguien se casa con una mujer libre y esta da una esclava a su marido y esta segunda trae hijos al mundo, si luego esta esclava se iguala a su señora por haber traído hijos al mundo, su dueña... le volverá a poner la marca de los esclavos’» (G. RAVASI, *El libro del Génesis (12-50)*, Barcelona-Madrid 1994, Herder, 82).

15 *Ibid.* 84.

16 Cf. M. RUPNIK, *Il discernimento...* 19.

fe es saber aceptar los tiempos y los caminos de Dios: «Mis pensamientos no son los vuestros y vuestros caminos no son mis caminos —oráculo de Yahveh—. Porque como el cielo es más alto que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos y mis pensamientos que vuestros pensamientos» (Is 55, 8-9)<sup>17</sup>.

3. Por último, la gran prueba viene representada por el sacrificio de la promesa. En el tiempo transcurrido entre el primer encuentro con Dios (cf. Gn 12,1-3), Abraham ha profundizado su propia fe, ha aprendido a abandonarse totalmente a aquel que siempre cumple sus promesas. Él es ya un creyente maduro y ha llegado a la plenitud de sus días habiendo desarrollado en plena obediencia el mandato confiado por Dios. Y entonces, cuando Isaac es adulto, llega para Abraham *la hora de un nuevo conocimiento de Dios*. Después de la llamada y la promesa sellada de la alianza, después de confirmada y realizada con el nacimiento de Isaac, ahora la promesa es expuesta a la prueba suprema<sup>18</sup>. ¿Cómo se puede reaccionar internamente ante esta petición de Dios? ¿Cómo vivir la confianza en Dios si me pide hasta que duela? Son sin duda preguntas que debemos discernir junto con Abraham. Abandonar todo, dejar todo, quedarnos con Dios, quedarnos con lo que en definitiva profesamos como lo más importante pero que, llegado el momento, puede que no esté en nuestra lista de prioridades, que a menudo está ocupada por mi salud, mi familia, mis amigos o el modo de vida que llevo actualmente. ¿Cómo establecer un diálogo con Dios, si me está pidiendo dar todo? ¿Acaso querríamos llegar a un acuerdo, negociar, para que no me pida ‘todo’ y me pueda quedar con ‘algo’? El capítulo vigésimo segundo del Génesis no es solo la exaltación de la fe de Abraham, sino que es, sobre todo, la glorificación de Dios. El patriarca descubre el gran don que ha recibido en el hijo: no es solo la realización de una paternidad humana, sino que es actuación de una promesa trascendente. Se debe renunciar al hijo que Abraham sentía como suyo para obtenerlo y reinterpretarlo como verdadera y pura gracia divina. El hijo Isaac «no es un bien que pueda ser retenido a título de un derecho cualquiera y en virtud de una reivindicación humana. La cuestión que Dios plantea a Abraham es si considera el don de la salvación efectivamente como un don puro y simple» (G. von Rad). «La finalidad del relato no es elogiar a un hombre; se alcanza

17 Cf. G. RAVASI, *El libro del Génesis (12-50)*... 85.

18 Cf. E. BIANCHI, *Il sacrificio di Isacco*, visto el 16 de enero de 2016 en <http://www.monasterodibose.it/priore/conferenze-e-omelie/omelie-e-lectio/864-lectio-divina/8703-il-sacrificio-di-isacco-genesi-22-1-18>

la meta con una alabanza de Dios» (C. Westermann)<sup>19</sup>. En el interior del pacto Dios puede examinar al hombre y escrutarlo para sondear su actitud, pero, sobre todo, llevarlo un paso adelante en la aventura de la relación de reencontrar, de la plenitud de confianza y de confianza que se quiere reparar. En este sentido, la prueba asume el significado de un verdadero y propio discernimiento divino, de una pedagogía, para llegar a que la unión resulte inquebrantable.

En un hombre, en un solo hombre, el Creador busca la verdad de la relación con la humanidad entera. En la nueva situación que se ha venido a definir después de la caída, el hombre no estaría en grado de reintegrarse por sí mismo en el estado precedente. Aquello que ahora podrá hacer siguiendo la iniciativa divina, es volver a la obediencia de la cual se había despegado trágicamente. Así podrá el hombre volver a hacer experiencia de la comunión con Dios<sup>20</sup>.

La acción de Dios se dirige totalmente a hacer al hombre reconocible según su 'imagen y semejanza' original. Un hombre irreconocible no puede conocer ni reconocer a su Dios. El único ámbito relacional en el cual el hombre puede readquirir reconocimiento es aquel de su unión con su Dios. El reconocimiento lo hará reconocible y le hará reconocible el rostro mismo de Dios. Un Dios que todavía debe autopresentarse y hacer declaración sobre sí, cuando anuncia al hombre: «Yo soy Dios omnipotente» (Gn 17,1). Un Dios que debe explicar a su creación predilecta cómo debe hacer para volver a él: «Camina delante de mí y sé íntegro... Debes observar mi alianza» (Gn 17,1.9). Aquello que no era ni siquiera para decir, ahora debe ser dicho, redicho y reafirmado solemnemente. Este es el camino del retorno y de la bendición. La obediencia de uno pone las bases de la esperanza de todos: «Serán en ti benditas todas las naciones de la tierra, porque tú has obedecido mi voz» (Gn 22,18)<sup>21</sup>.

### 3. A modo de conclusión

Como nos enseñan estos capítulos del libro de Génesis, no puede existir un discernimiento serio si no hay un diálogo sincero. En la Sagrada Escritura el diálogo se basa en algunas *premisas*.

19 Cf. *Ibid.* 168.

20 Cf. H. U. VON BALTHASAR, «Esperienza di Dio nella Bibbia dei Patri»: *Strumento Internazionale per un lavoro teologico: Communio* 30 (1977) 4-15.

21 Cf. M. SERRETTI, *Il discernimento di Dio*, Roma 2003, Città Nuova, 30-32.

La primera es el *valor* de la palabra divina. Esta palabra es creadora, no está vacía de sentido ni de contenido (cf. Gn 1-2). Dios, su palabra, no es un elemento del mundo, un elemento del cosmos, no es reducible al ser humano, pues su palabra se coloca en un nivel muy diverso respecto a la humana. La Palabra de Dios implica una relación exigente. Mas, ¿estamos dispuestos?

Una segunda premisa es la *libertad humana*, con la cual ‘choca’ la Palabra de Dios. No existe página en la Biblia donde no se confirme este concepto. En efecto, todo está centrado sobre esta libertad humana, donde ‘libertad humana’ quiere decir que el ser humano tiene delante de sí, como dice el libro del Sirácides (15,11-20), la posibilidad de elegir: entre estar de parte de Dios o afrontar solo la aventura de la existencia; es decir, ser árbitro de su existir, corriendo el riesgo de comprometer esta relación. De hecho, el libro del Sirácides dice: si quieres, puedes entrar en diálogo. Es importante tener en cuenta esta dinámica. Si nosotros podemos hablar de diálogo es porque tenemos dos voluntades en acto que se expresan claramente: la decisión humana y la decisión divina, que la Biblia nos describe como decisión a favor de la humanidad.

Con su mandamiento (cf. Gn 2,17 visto anteriormente), Dios se presenta como aquel que indica a los hombres el modo de llevar adelante su vida (por tanto, Dios es el modelo del sabio, del que sabe vivir); a los hombres nos toca reconocer en este querer divino la posibilidad de la vida o rechazar esto como un impedimento para la vida plena. Estas son las premisas del diálogo y del discernimiento en sí.

Para facilitar el diálogo, Dios encarnó su Palabra, y desde allí debemos partir. Discernir será, por tanto, encarnar en nuestro día a día la Palabra que Dios nos dirige para que el mundo viva.

Fray Luciano AUDISIO  
Colegio Santo Tomás de Villanueva  
Granada – España

*Resumen*

Una de las referencias objetivas para discernir la voluntad de Dios en la vida de los hombres viene dada por la propia palabra de ese Dios. En estas páginas el autor relee algunos capítulos del Génesis para que percibamos a su luz qué es el discernimiento, qué actitudes debe implicar por nuestra parte (destacando el diálogo, la confianza y la apertura) y, muy especialmente, cómo la novedad del Dios judeocristiano implica una continua vivencia en clave de discernimiento. La relectura de Gén 1-3 y de la historia de Abraham puede iluminarnos en esa puesta 'en salida' exigida por el actual proceso de revitalización y de reestructuración, en consonancia con lo que pide la Iglesia a través de la palabra profética del papa Francisco.

*Abstract*

The word of God gives one of the objective references to discern His will. In these pages, the author rereads some chapters of Genesis so that we may perceive accordingly what discernment is, what attitudes it involves (emphasizing dialogue, trust and openness) and especially, how the novelty of the Judeo-Christian God entails a continuous experience in the light of discernment. The rereading of Genesis 1-3 and of the history of Abraham can illumine us in such movement, as demanded by the actual process of revitalization and restructuring, in line with what the Church asks through the prophetic word of Pope Francis.